

# LA IGLESIA DE LOS



**L**a Iglesia no es pecadora; pero lo somos los hombres que la componemos. Esta profunda idea fue afirmada hace años por el actual cardenal Journet.

En la Edad Media se esculpía prácticamente esta afirmación en los bajorrelieves de los coros de las catedrales. Para recuerdo de los canónigos se veían figuras de reyes, príncipes y obispos entre las llamas del infierno. La salvación no era una prerrogativa de los puestos de mando: todo jerarca podía ser pecador, exactamente igual que cualquier sencillo fiel.

**H**OY se habla mucho de la Iglesia de los pobres, lo mismo entre el pueblo que entre los Obispos. Pablo VI en su encíclica «Ecclesiam Suam» pidió a los jefes de la Iglesia católica que le dijese con toda franqueza «cómo deben adaptarse hoy a la pobreza los pastores y los fieles». Pero poco después, hacía esta otra aguda observación: que los criterios que deben presidir esta reforma, hacia la pobreza de toda la Iglesia, «deben fundar nuestra confianza, más en la ayuda de Dios y en los bienes del espíritu, que en los medios temporales».

Nos parece muy importante que el Papa haya regalado su tiara. Nos parece excelente que, de una manera delicada y simbólica, haya entregado a cada uno de los Obispos reunidos en el Concilio un sencillo anillo como recuerdo de esta gran asamblea.

Pero mucho más importante que estos pequeños detalles sería llegar a confiar menos en toda suerte de ataduras humanas, favores temporales, obras e instituciones al estilo de las civiles y privilegios, por legítimos que éstos fuesen.

Así —con este desprendimiento— es como la Iglesia podrá adquirir esa nueva cara, semejante a la de su Fundador, para que todos puedan reconocerla.

**A**lgunas personas les atemorizan ciertas conclusiones del Concilio: la libertad religiosa, la condenación de las guerras actuales, la promoción del secolar en los cuadros de la Iglesia, la unión de los cristianos, la renovación de los estudios eclesiológicos, la adaptación de la vida de los religiosos a nuestro mundo del siglo XX, y tantas

otras cosas que muchos consideramos necesarias, y que el Concilio ha avalado con toda su autoridad.

Con esto se ha producido una tensión, en ocasiones, entre los católicos, que esos temerosos quisieran ocultar; o lo que es peor, resolver de una manera contemporizadora.

Olvidan que el Papa ha pedido la realización de las decisiones conciliares sin discusión. Y olviden también que la tensión es necesaria para que las cosas prosperen, avancen y se desarrollen.

Un famoso psicólogo anglo-sajón, el profesor Allport, ha demostrado que el desarrollo de la personalidad se produce cuando existe una tensión que nos impulsa en sentido positivo y constructivo. Los grandes hombres han vivido estas tensiones, y éstas han sido el acicate para sus grandes decisiones, y conquistas de todo género: inventores, descubridores, pensadores y grandes hombres de acción, no fueron hombres sin nervios, sino seres humanos que vivían una gran fuerza psicológica. Y lo mismo pasa con los grupos humanos: quien pensase en un profundo desarrollo de los mismos, ahogando las iniciativas, frenando excesivamente los impulsos renovadores, o nivelando las tensiones, haría un flaco servicio a la evolución progresiva de lo mejor de la humanidad.

Y el cristianismo como grupo humano no puede olvidar estos aspectos psicológicos, absolutamente imprescindibles si queremos que el Concilio no se quede en una simple colección de textos muertos.

Si no fuese quizá a ser mal entendido, diría que lo que hace falta ahora es «la batalla de los textos». Es necesario que los católicos nos impregnemos, sin prejuicio alguno, del contenido de las decisiones conciliares, e intentemos ser conscientes de nuestra responsabilidad activa en la realización de las mismas.

Esta batalla tiene que ser una lucha un poco paradójica (como todo lo que ocurre en el cristianismo). Porque es necesario que esta decidida batalla, sea una lucha pacífica sin violencias, ni físicas, ni morales.

Hace pocas semanas el Arzobispo de Barcelona recordaba a sus diocesanos su más rigurosa condena de toda violencia por motivos religiosos, sobre todo si se hacía en nombre del catolicismo.

**Q**UIENES quisieran oponerse con sus prejuicios de buena fe a la renovación conciliar, bien sea discutiendo lo indiscutible, o retrasando pasivamente su realización, es que no son verdaderamente «pobres». El Cardenal Lercaro lo dijo en el Concilio: «la Iglesia guarda riquezas del pasado que son ciertamente gloriosas; pero que no corres-



# POBRES Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

ponden ya al espíritu de nuestro tiempo. La Iglesia debe renunciar a estas riquezas».

Y poco después, este mismo Cardenal se preguntaba si la Iglesia «¿puede esperar un diálogo durable y prometedor, si los que hablan en su nombre, sacerdotes o fieles, han sido formados con un programa de estudios totalmente inactual?; si el lenguaje científico en el que deben pensar, a pesar de toda su gloria está ya muerto y no es ya universal».

La pobreza está en el desprendimiento de todas las riquezas de otras épocas, que nada dicen al mundo de hoy; o lo que es peor, cuyo significado es negativo para muchos hombres de nuestro siglo.

De lo que hay que desprenderse es de todas las riquezas materiales o culturales anticuadas, y sin significación para nuestra cultura o nuestra civilización.

**C**OMO decía Monseñor D'Souza al Concilio, resumiendo en brevísimos, pero lapidarias palabras, el cometido de esta asamblea: «Hay que renovar y reformar la Iglesia y considerar a los seglares como hermanos en el Señor».

En los medios eclesialísticos lo importante no es ser tomista, o por el contrario, seguidor del pensamiento religioso de Teilhard de Chardin.

Lo importante es ser un buen tomista, sabiendo sacar de Santo Tomás lo más profundo que aportó al mundo de su tiempo: la genial adaptación del pensamiento pagano más peligroso en su época (el de Aristóteles) al cristianismo.

Lo mismo que hay que hacer con el teilhardismo: saber extraer de él la inteligente adaptación del pensamiento moderno a la religión cristiana.

Pero quien se estanque en discusiones bizantinas y de detalles, canonizando las cosas pasajeras de cada uno de estos pensadores, hace un flaco servicio a la Iglesia.

Mediten mis lectores en estas reflexiones del tomista más profundo que hay hoy en la Iglesia, el profesor Etienne Gilson: «Un tomista es un espíritu libre. Esta libertad no consiste, con seguridad, en no tener Dios ni maestro; sino más bien en no tener otro maestro que Dios, que libra de todos los otros. Pues Dios es la única protección del hombre contra las tiranías del hombre. Sólo Él libra de sus temores y de su timidez al espíritu... La felicidad del tomismo es la alegría de la libertad que se siente al acoger toda verdad venga de donde venga. La palabra suprema sobre esta libertad del hombre cristiano es la de San Agustín: ama y haz lo que quieras. Exactamente, idénticamente, en el mismo espíritu y con el mismo sentido profundo, pero con ningún otro, el discípulo de Santo Tomás puede decir a su vez: cree y piensa lo que quieras. Como la caridad, la fe es liberadora».

Eso es ser tomista inteligente; o sea, un pensador que sigue insobornablemente su propia razón con plena sinceridad, porque «todo hombre debe guiar-se por su razón» (Santo Tomás, De veritate, q.12, a5).

Pero, ¿qué habría que decir de aquellos cristianos que presentan un Dios, o una Iglesia, que son lo contrario de una protección del hombre contra las tiranías del hombre, llámese a este último como se llame, y aunque venga vestido de palabras aparentemente religiosas?

De igual modo caería uno en el papanatismo intelectual si a Teilhard y a sus ideas se las diviniza de tal modo que olvidáramos que fue un hombre como nosotros. Dos grandes biólogos —uno católico y otro ateo— acaban de recordárnoslo: Teilhard tuvo sus fallos, y como científico no pudo acertar en todo; pero lo importante fue el esfuerzo que realizó en pro de la liberación de tantas ataduras anticuadas, que esclavizaban la expresión del mensaje religioso del cristianismo, e impedían que los hombres de nuestra cultura moderna pudieran comprender el profundo anuncio de nuestra religión.

En el mundo hay una pobreza impresionante:

- El 70 por ciento de la humanidad está insuficientemente alimentada, o pasa francamente hambre.
- El 50 por ciento de los niños de nuestro mundo actual viven en la miseria.
- El 10 por ciento de los hombres poseen el 81 por ciento de la renta mundial.
- Hay países en que los seres humanos mueren antes de los 30 años.

Esto, que tanto impresiona a cualquier hombre, es sólo una parte de la cuestión; la otra, tan importante como ésta, es la inanición intelectual y religiosa del mundo que los católicos no hemos sabido satisfacer suficientemente, y que el Concilio sin embargo, da medios suficientes para cumplir.

¿Continuaremos ciegamente atados a una cultura medieval, cuando ésta resulta incomprendible a los hombres de hoy?

¿Seremos pobres, en el más profundo sentido de la palabra?

# FOTO CONCURSO Invicta RADIO / TELEVISION BOTONERA DE ORO

N.º 1 — DICIEMBRE

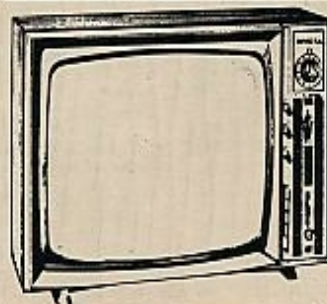


D. \_\_\_\_\_  
CALLE \_\_\_\_\_  
POBLACION \_\_\_\_\_

En esta Foto-Concurso INVICTA existen 5 variantes. El concursante hará constar en la foto inferior los errores que observe, señalándolos con un círculo.

Recorte el boleto por la línea de puntos, indicando su nombre y dirección, y deposítelo en el buzón que a tal efecto tienen los establecimientos de electrodomésticos distribuidores de INVICTA.

Entre las soluciones acertadas, cada primer lunes de mes se celebrará ante Notario el sorteo de un Televisor INVICTA BOTONERA DE ORO.



TELEVISOR  
INVICTA  
BOTONERA DE ORO  
que se sortea  
cada mes